

Historia Crítica, una revista consolidada

Jorge Orlando Melo

Aunque apenas está cumpliendo veinte años de vida, *Historia Crítica* ha hecho ya varios esfuerzos de evaluar su experiencia y su trabajo. En efecto, en 2003, en el número 25, varios especialistas reflexionaron sobre lo que esta revista había hecho en su primera década. Mientras que tres historiadores discutieron la forma como la revista había cubierto algunas áreas, Renán Silva se planteó los problemas de fondo al discutir las orientaciones generales, las formas de trabajo, las tendencias metodológicas, la selección de los materiales y las relaciones entre sus contenidos¹.

En los seis años que han pasado desde entonces, se han publicado quince números, que ofrecen una nueva oportunidad para que un lector más o menos ajeno a la Universidad de los Andes y a los editores trate de discutir cómo ha seguido la marcha de la revista y qué papel ha desempeñado en el país. Al hacer esta nueva lectura, he comprobado la pertinencia y justicia de los comentarios de Silva, de modo que en muchos casos me limito a reiterar lo que sigue siendo cierto, y en otros a señalar qué parece haber cambiado.

Como en el caso de los comentarios anteriores, me apoyo casi exclusivamente en el material publicado en la revista, y se me escapan aspectos sobre los que no tengo información apropiada. Aunque la revista publica una "carta a los lectores", ésta se limita en general a hacer una presentación sucinta de los artículos publicados, y no considera pertinente ofrecer a estos lectores, una comunidad virtual unida por el interés en la investigación histórica, muchas luces sobre los mecanismos internos de la revista. Uno no sabe quién nombra al director de la revista, qué reglas se siguen para ello, qué tan activos son el Comité Editorial y el Comité Científico, quién señala los temas de los *dossier*, si las reseñas se encargan en forma sistemática o fluyen un poco según el interés de los colaboradores, cómo se toman las decisiones. Tampoco es fácil saber qué visión tienen los editores de su papel, si dan por sentado el público al que se dirigen o buscan responder prioritariamente a determinados sectores. Sabemos, por supuesto, que la publicación de los artículos requiere la evaluación de otros especialistas, lo que es ya, afortunadamente, una práctica general en las revistas académicas del país, pero que puede llevarse a efecto en mil formas diferentes.

Desde otro punto de vista, sería interesante conocer cómo ha sido la divulgación de la revista, que tiene una puntualidad excepcional en el mundo irregular de las publicaciones académicas colombianas, pero que a diferencia de las revistas independientes, no depende para su supervivencia de la acogida de los lectores. La decisión de publicar una revista universitaria parte ante todo de consideraciones institucionales —el prestigio que da al departamento, la facultad o la universidad, el

¹ Renán Silva, "Historia Crítica, una aventura intelectual en marcha". Margarita Garrido analizó los artículos sobre historia colonial; Adolfo Atehortúa revisó el conjunto de los textos sobre historia de Colombia, tratando de definir las líneas historiográficas que seguían; y Martín Vargas comentó los estudios sobre historia europea.

interés por desarrollar un campo científico, el afán de un grupo docente de impulsar ciertas perspectivas analíticas y metodológicas, la conveniencia de ofrecer a los profesores mejores posibilidades para publicar sus trabajos y consolidar sus carreras—que en general se pueden satisfacer repartiendo las revistas en canje. Yo sospecho que la mayoría de las revistas universitarias colombianas ya no se venden mucho, y que los tirajes actuales, si los editores son sensatos, son cada vez más pequeños y cada día lo serán más, a medida que la lectura en Internet vaya erosionando la lectura en papel, hasta que sea absurdo seguir imprimiéndola².

En todo caso, desde el punto de vista de la disciplina histórica estas preguntas son algo excéntricas, pues lo que resulta pertinente es el impacto de la revista en el ambiente cultural y académico. Las revistas de historia, además de los motivos individuales o institucionales que pueden justificar su existencia, se publican ante todo para dar a conocer los resultados de la investigación, tanto a los especialistas como a los historiadores en formación. Aunque pueda sostenerse que en últimas la investigación histórica pretende convertirse en una herramienta en la formación de la mentalidad histórica del país, intentar tener un efecto directo en este punto supondría un tipo de publicaciones que normalmente no se hacen en las universidades. En el caso colombiano, la divulgación histórica, que por supuesto se alimenta del trabajo de investigación universitaria, la hacen revistas como *Credencial Historia* o el *Boletín Cultural y Bibliográfico*, aunque sus lectores son muy diferentes. La primera se dirige a un público amplio, que incluye estudiantes de secundaria y personas sin intereses académicos, mientras que la segunda intenta llegar, además de a los historiadores y científicos sociales, a los profesionales e intelectuales que no son especialistas en historia. En todo caso, hay que medir el impacto de las revistas académicas y de investigación ante todo por la forma cómo influyen en la actividad de los historiadores. Es decir, por su contribución a la definición de temas de investigación y de discusión pública, su debate de interpretaciones y perspectivas, su impulso a determinadas corrientes metodológicas o teóricas, su capacidad para estimular tomas de posición acerca de la función pública y social de la historia, su capacidad para promover líneas de trabajo en las escuelas de la disciplina. Durante las últimas décadas, más que todo por razones administrativas y burocráticas y por el impacto que esto puede tener sobre la carrera académica de los docentes, se han creado en todo el mundo y se han adaptado al país sistemas de medida más o menos exactos de algunos aspectos de esta influencia. Sin embargo, los mecanismos son conceptualmente muy burdos y se limitan en general a contar cuántas veces se citan autores, artículos o revistas en publicaciones similares. En forma paralela, las burocracias universitarias e investigativas, por razones prácticas inevitables, han tratado de clasificar las revistas académicas, definiendo, según criterios más o menos formales, tres o cuatro categorías que se supone tienen que ver con su calidad. Aunque estos sistemas funcionan con alguna aproximación, tienden a premiar a las revistas que cumplen en forma más convencional con ciertos criterios mínimos que a veces pueden llenarlos publicaciones cuyos contenidos reales son muy flojos o planos³. Por esto, creo que por el momento la única forma razonable de evaluar el impacto de una revista de historia es oír la opinión de los especialistas acerca de la calidad, la oportunidad y la importancia de lo que se publica, según las reglas más o menos compartidas de la disciplina.

² Por eso me sorprende la decisión de sacar más números al año. Una ampliación de las secciones virtuales habría permitido publicar una proporción mayor de lo que recibe la revista.

³ *Historia Crítica* publicó en su número 37 del 2009 un excelente texto de *Annales* sobre este tema, titulado “Clasificar, evaluar”.

Historia Crítica, por supuesto, cumple las normas básicas de las revistas académicas: tiene un comité editorial en el que participan investigadores de otras instituciones, hace evaluar los artículos por árbitros anónimos de nivel alto, tiene un sistema claro y preciso para citar referencias y bibliografías, siguiendo un modelo adecuado (el *Chicago Style*), cuenta con resúmenes en español e inglés, se publica con regularidad, etc. Desde el punto de vista de su presentación editorial es también una revista normal: su diseño es cómodo, sin excesos formales, con apoyos gráficos apropiados y no cambia de nombre ni inaugura nuevas épocas cada cierto tiempo, como le pasa a las publicaciones más subdesarrolladas de las universidades, aunque sí comete uno que otro error de los que enloquecen a los bibliotecarios de todo el mundo, como publicar una edición especial sin numerar.

Por otra parte, se destaca entre las publicaciones colombianas por algunos elementos formales y una consideración de las necesidades de los lectores, entre los cuales quiero únicamente destacar el uso de Internet. En efecto, es una de las pocas revistas de historia que es posible consultar en su totalidad en la red. La edición virtual es adecuada, con un diseño cómodo, y todos los artículos se pueden localizar desde el índice de cada número, o mediante una búsqueda por autor, título o palabra clave. La búsqueda por palabra clave es insuficiente, pues es preciso usar los términos exactos con los que se han clasificado los artículos. Esto se podría reemplazar por la búsqueda en texto completo de Google, ya que todos los artículos de la revista están registrados por este buscador. Por otra parte, la página permite escoger, lo que es un gesto de cortesía con las preferencias del lector, entre un formato sencillo (html), más veloz, o una reproducción de la edición en papel (pdf), de mejor calidad gráfica y que no altera los cuadros y tablas. Además, contra la práctica incómoda y sin ninguna justificación de la mayoría de las publicaciones académicas, permite copiar trozos, referencias, gráficos, etc., de manera que para verificar una tabla o copiarla no hay que teclearla cifra a cifra.

Hace poco la revista empezó a publicar artículos que van sólo en la edición digital, en dos secciones que todavía no han tenido mucha vida. La idea es buena, pero los artículos en la red deberían estar vinculados a un ejemplar preciso y numerado, aunque sea como un suplemento digital: no es fácil encontrarse con ellos, pues no es obvio el índice en que aparecen (hay que saber que se ha publicado en las secciones "Preguntas para la historia" y "Textos de autores invitados" para poder buscarlos, pero intuitivamente el lector supone que todos los textos están en las revistas, y en el cajón de búsqueda sólo se encuentran si uno usa los términos precisos con que se catalogó el artículo) ni se sabe cómo citarlos, pues no tienen fecha ni hacen parte de ningún número de la revista. Hacerlos visibles y citables hace más atractivo publicar sólo en la revista electrónica y ayuda a preparar la transición para los tiempos probables en que sólo se publique en la red. Ya casi la única razón para que revistas como ésta aparezcan en papel es que los autores de los artículos reciban mejoras salariales por su producción, de modo que vale la pena saber cómo funcionará cuando cambien las reglas sobre este punto.

1 Las revistas históricas y el contexto cultural

Para definir el papel de *Historia Crítica* vale la pena dar una mirada rápida al contexto en el que se ha publicado⁴. Antes de 1989 las publicaciones históricas para investigadores eran pocas. La más valiosa fue el *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, creado en 1963 por Jaime Jaramillo Uribe en la Universidad Nacional. Fue la primera revista universitaria de historia y su influencia fue muy grande, por la gran diferencia de enfoque y calidad con las revistas de las academias de historia. Mantuvo un nivel consistente de exigencia, y su apertura temática ayudó a estimular los estudios sobre historia indígena, demográfica o artística. Su énfasis en la historia social y la historia cultural no le impidió publicar trabajos sobre historia política o económica, aunque en general se atuvo a la decisión de especializar su cubrimiento. A esta publicación se sumó en 1979 *Historia y Espacio*, de la Universidad del Valle, que se publicó hasta 1994 y después de un cierre temporal reapareció en 2000: como el *Anuario*, optó por publicar estudios sobre temas espaciales y territoriales, que ayudaron a consolidar, sobre todo en las universidades de fuera de Bogotá, una fuerte orientación regional de la investigación. Fuera de estas dos, que eran las únicas revistas universitarias especializadas, se publicaba *Estudios Sociales* (1986-1995), de la Fundación Antioqueña de Estudios Sociales, que era de hecho una revista de historia. Además, algunas revistas generales publicaban textos históricos de calidad: la *Revista de Extensión Cultural* de la Universidad Nacional de Medellín, que salió por primera vez en 1976; *Huellas*, de la Universidad del Norte, que se publicó desde 1980; y el *Boletín Cultural y Bibliográfico*, de la Biblioteca Luis Ángel Arango, que había aparecido en 1958 y sufrió un drástico rediseño gráfico y conceptual en 1984. La revista de la Universidad Nacional, *Análisis Político*, creada en 1987, publicaba también ocasionalmente trabajos históricos. Al lado de éstos, existían las revistas de las Academias de Historia, ignoradas o despreciadas por los estudiosos universitarios, que afirmaron sus nuevas perspectivas en diversas polémicas contra la historia académica. Entre ellas se destacaban el *Boletín de Historia y Antigüedades* (1902-), el *Repertorio Boyacense* (1913-) y el *Archivo Historial* de Manizales (1918-), que siguen vivos después de más de ochenta años, y dos que murieron recientemente, el *Repertorio Histórico* (Medellín, 1905-2000) y el *Boletín Historial* de Cartagena (1915-2000), así como dos publicaciones especializadas, que también han dejado de aparecer: la revista de la *Academia Colombiana de Historia Eclesiástica* (1966-2004) y la ocasional *Revista Bolivariana* (1926-1995).

En este paisaje cultural *Historia Crítica* era novedosa, pues era la primera revista histórica general publicada por un departamento de historia, y la especialización de las otras dos revistas existentes excluía a buen número de académicos, sobre todo en los temas de historia política, que habían recuperado visibilidad en los años anteriores. El primer número publicó artículos sobre las bases urbanas de la violencia y sobre la protesta contra la guerra en los Estados Unidos, que podían interesar a un público universitario no especializado. Y la calidad era, como la del *Anuario*, inobjetable. El contexto, por otra parte, era muy favorable: las universidades estaban empleando un número cada vez mayor de profesores de historia, el estudiantado había crecido bruscamente, y aunque menos radical que el de los años sesenta, se había movilizó nuevamente en los ochenta por la lucha por los derechos humanos, la paz y el cambio constitucional.

⁴ Silva hizo en su artículo una buena discusión de las revistas, el mundo editorial y la influencia de los historiadores, de modo que resulta superfluo hacer ahora un análisis a fondo del tema. Puede complementarse, para verificar el contexto más amplio de las publicaciones culturales no especializadas, con mi artículo “Las revistas literarias en Colombia e Hispanoamérica: una aproximación a su historia”, disponible en http://www.jorgeorlandomelo.com/revistas_literarias.htm

En los años siguientes hubo una eclosión de revistas históricas universitarias. Las nuevas escuelas de historia habían vinculado grupos de profesores que necesitan donde publicar y que habían impulsado sobre todo estudios de historia local y regional. Aunque enmarcados en las perspectivas metodológicas impulsadas por el *Anuario* (y atentos a sus llamados, no siempre cumplidos, al contacto con las ciencias sociales, el uso riguroso de la documentación, la atención a la historia comparativa, la necesidad de una formación que pusiera a los estudiantes en contacto con los grandes historiadores y sobre todo la apertura a aspectos del pasado habitualmente ignorados), estaban muy lejos de los centros académicos de Bogotá. Necesitaban revistas, y en 1993 apareció *Historia y Cultura*, de la Universidad de Cartagena; en 1994 *Historia y Sociedad* (Universidad Nacional, Medellín [1994-]); en 1995 el *Anuario de Historia Regional y de la Frontera* (Bucaramanga, Universidad Industrial de Santander [1995-]); *Historia Caribe* (Barranquilla, [1995-2008]), la primera especializada en una región; y *Memoria y Sociedad* (Universidad Javeriana, Bogotá [1995- 2007]). En 1996 surgieron *Memoria* (Archivo general de la Nación, Bogotá [1996-]) e *Historia y Pensamiento* (Universidad del Atlántico [1996-2000]), y en 1997 salió el primer número de *Fronteras* (Instituto Colombiano de Cultura Hispánica), convertida en *Fronteras de la Historia* del Instituto Colombiano de Antropología e Historia (1997-). En cuatro años se había pasado de tres revistas académicas a diez.

A pesar de que los nombres sugerían una especialización temática o regional, no eran muy rígidas. Eran casi siempre recopilaciones de estructura casual de resultados de investigaciones que no tenían un lazo interno de ninguna clase, y por eso la estructura de anuario, que además coincidía muchas veces con la periodicidad real de muchas que tenían esperanzas más optimistas, era en los hechos lo que predominaba. Las únicas que se atenían en algo a su tema, fuera de una o dos que intentaban organizar ejemplares temáticos y buscaban sus textos activamente, eran las que tenían una vocación regional: "sociedad", "cultura", "memoria", son voces equívocas e imprecisas y pueden acoger cualquier contenido. No era fácil saber por qué la revista del Instituto Colombiano de Cultura Hispánica se llamaba *Fronteras*: los nombres no representaban realmente un consenso metodológico y teórico entre sus editores, y muchos se escogieron probablemente por razones de moda. Prácticamente todas las revistas, sin importar lo que hubieran declarado en sus presentaciones y formulaciones programáticas, publicaban sobre todo artículos del grupo cercano a los editores, de los profesores de la misma universidad, aunque con muestras adecuadas de apertura a otras instituciones. Esto, por supuesto, les quitaba influencia y lectores: la tendencia era que se leían también localmente, con excepción de unos pocos especialistas interesados⁵. Una salida para buscar eludir el riesgo del aislamiento localista podría ser asumir en serio la especialización y sacar revistas dedicadas a un tema único, y eso ocurrió pronto. En 1998 aparecieron los *Cuadernos de Historia Económica* y

⁵ Al mismo tiempo, algunas revistas comenzaron a romper con la tradición colombiana de publicar casi exclusivamente artículos de los profesores de la universidad que editaba la revista. El *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* se había esforzado en buscar colaboradores internacionales y por lo menos una muestra inicial de profesores de otras universidades. Las revistas especializadas se lanzaron con mayor decisión en esta línea. Sin embargo, algunos podrían pensar que en el caso de las revistas de historia de la educación esta apertura era aparente, pues buena parte de los colaboradores colombianos se estaban formando en la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Tunja. JO: el corrector de estilo proponía poner las universidades P y T pero no acepté el cambio. Quiero sin embargo tu confirmación Muriel. Si entiendo la duda está en si hablamos de una o dos universidades. Las ambigüedad desaparece si ponemos de Tunja (o de Colombia, como es el nombre oficial)

Empresarial, en Cartagena, que van ya en el número 24. Y ese mismo año salieron la *Revista de historia de la educación colombiana* (2008-2006) y la *Revista de historia de la educación en América Latina* (1998-), en la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Tunja. A pesar de su nivel profesional y de la ampliación del abanico de colaboradores a otras universidades, no parecen haber logrado un reconocimiento alto de la comunidad académica, al menos si se mide éste por la frecuencia con que sus textos son usados por otros. Por ejemplo, sólo un artículo publicado en ellas ha sido citado alguna vez en *Historia Crítica*.

A pesar de esta saturación, nuevas revistas siguieron saliendo: en 2003 apareció *Memorias*, (Bucaramanga, Universidad Industrial de Santander, ya desaparecida), y en el 2004 *Memorias*, de la Universidad del Norte, revista digital que lleva ya diez números. El hecho de que se repitan los nombres puede indicar lo poco que se leen estas revistas fuera de su sitio de edición: es como si tanta revista abrumara a los historiadores, que prefieren publicar revistas a leerlas y se limitan a seguir habitualmente la de su propia universidad y, si acaso, dos o tres de las más prestigiosas, entre las cuales pueden estar rutinariamente el *Anuario e Historia y Espacio*. A éstas se sumó, finalmente, *El Taller de la Historia*, de la Universidad de Cartagena (2001-2002): hoy sobreviven doce o trece revistas académicas de historia, sin contar las revistas generales, regionales o las que publican artículos sobre historia, como *Aguaita*, aparecida en 1999, la *Revista de Estudios Sociales* de la Universidad de los Andes, la *Revista Colombiana de Educación* o las revistas de las facultades de ciencias sociales de algunas universidades sin carrera de historia.

A este universo que podría llamarse académico habría que añadir las revistas de los centros locales de historia y de las academias. Es sorprendente la cantidad de publicaciones que hay en departamentos y ciudades, las revistas y boletines de historia local de Cajamarca, Envigado, Cartago o Buga. Por otra parte, un hecho notable, del que no muchos parecen haberse dado cuenta⁶, es el cambio en calidad del *Boletín de Historia y Antigüedades* de la Academia Colombiana de Historia. Aunque no han desaparecido del todo las exhortaciones patrióticas y las biografías heroicas, ahora trata, con solidez similar a la de las revistas universitarias, temas como historia de la ciencia, ethnohistoria, historia del impreso, historiografía y fuentes.

2 Los años recientes

Si se compara la revista en estos últimos años con los primeros veinticinco números, no son muy grandes las diferencias, pero se advierten algunas tendencias de cambio débiles. La calidad de los textos se ha mantenido muy alta, aunque hay algunos trabajos cuya publicación no parece fácil de justificar: algunos son conceptualmente muy confusos, o se limitan a repetir argumentos ya presentados en trabajos anteriores del mismo autor, o tienen fallas demasiado visibles en el desarrollo lógico de los argumentos o en la calidad de la escritura. Esto pasa incluso en casos en los que la presentación del editor destaca la abundancia de materiales enviados para su eventual publicación, pero en todo caso son una proporción muy pequeña de lo que se publica. La conclusión más clara y que debe subrayarse es que la calidad de la revista se ha mantenido y que hoy ésta es una revista consolidada.

⁶ En los últimos números de *Historia Crítica* hay dos referencias únicas al *Boletín*: en uno de ellos se cita un texto muy tradicional sobre los próceres, y en otro uno de los numerosos y usualmente muy eruditos estudios sobre las relaciones del Estado y la Iglesia que se han publicado recientemente allí.

La presencia de autores de instituciones diferentes la Universidad de los Andes parece aumentar levemente: casi los únicos autores que se repiten son profesores de esta institución, pero ninguno ha publicado más de tres artículos en estas quince ediciones. Por otra parte, el balance entre los diferentes temas ha cambiado algo. Por supuesto, quince ediciones, cerca de ciento treinta artículos, constituyen un universo pequeño: los *dossiers* pesan bastante y cambian los énfasis temáticos o temporales. De los artículos en los tres apartes principales (*dossier*, tema libre, espacio estudiantil), y que son unos ciento treinta, el 24% son sobre temas historiográficos, una proporción que es casi de dos veces y media la que encontró Silva para el período anterior; un 16% se refieren a la historia de países distintos a Colombia, pero el énfasis en América latina, en particular Argentina, ha crecido algo. Aunque la diversidad temática en el tratamiento de la historia colombiana se mantiene, hay un aumento en los trabajos que responden a los *dossiers*: el número sobre medios incluyó cuatro artículos sobre la televisión, hubo dos números sobre temas geográficos y ambientales, dos sobre historia del siglo XIX y dos sobre objetos y mercancías. El período más cubierto es el siglo XIX (treinta y ocho artículos), mientras hay dieciocho trabajos sobre la colonia y catorce sobre el siglo XX, que disminuye su presencia en comparación con los primeros quince números.

Como se ve, el cambio principal está producido por los números dedicados a un tema. Ya antes la práctica había sido frecuente, pero a partir del número 26 se vuelve usual, con el nombre de *dossier*, y parece incluir como novedad la convocatoria previa, que permite recibir trabajos de los que crean que responden a lo que se pide. Desde entonces todos los números menos dos han tenido un tema principal, al cual corresponden la mayoría de los artículos. El experimento ha tenido éxito y produce números atractivos e interesantes, aunque no siempre son completamente satisfactorios, pues a pesar de que por lo que se sabe el número de textos enviados es alto, muchos *dossiers* incluyen textos cuya relación con la propuesta original es bastante tenue. El número temático es útil sobre todo porque permite confrontar metodologías y estrategias de investigación y análisis distintas sobre un tema afín, y abre el camino para trabajos más comparativos: cuatro o cinco trabajos sobre geografía e historia o sobre la historia de los medios de comunicación ofrecen perspectivas complementarias y hacen que la lectura de un texto se apoye en la de los demás. Pero ha habido *dossiers* que realmente no lo son, por la vaguedad del tema, como los de historia del siglo XIX: el período es demasiado amplio y la dispersión temática de los textos anula cualquier perspectiva comparativa: habría dado lo mismo publicar los trabajos, cuya calidad es evidente, en números misceláneos. Otros *dossiers* publican textos cuya inclusión parece forzada, pues no los une ninguna perspectiva metodológica o teórica con la propuesta. Esto ocurre, por ejemplo, con algunos de los trabajos incluidos en el *dossier* sobre objetos y mercancías, que parte de una propuesta historiográfica relativamente precisa y que no debe disolverse haciéndola cubrir cualquier estudio de un "objeto" o el estudio de unas rutas o mecanismos comerciales.

Por otra parte, los *dossiers* han ayudado a modificar el contenido geográfico de los trabajos por la presencia muy fuerte de estudios sobre Argentina, Chile y otros países latinoamericanos, y permitieron hacer un número sobre el conflicto del Oriente Medio. El énfasis en los materiales latinoamericanos es una apuesta interesante, por los vínculos concretos que ayuda a establecer entre los especialistas y por la posibilidad de estimular los trabajos comparativos. En conjunto, pues, y a pesar de las quejas menores en algunos casos, el mecanismo ha resultado útil y puede refinarse y hacerse más exigente conceptualmente.

Como ya lo mencioné, el área que aumentó más su presencia es la de estudios historiográficos. Fuera del número dedicado a *Historia Crítica*, hubo un *dossier* especial sobre historia y ciencias sociales, que en mi opinión resultó bastante desigual. El problema, me parece, no está en la calidad interna de los textos, que es casi siempre satisfactoria, sino en el enfoque general: el debate historiográfico útil es el que se apoya en la situación concreta de las disciplinas en Colombia. De otro modo, la presentación de la forma como se ha analizado en Europa o Estados Unidos la relación entre historia y cualquiera de las ciencias sociales —sociología, ciencia política, antropología, geografía, economía— resulta normalmente, por bien que se haga, muy parecida a decenas de artículos similares publicados en otras partes. Lo clave es hacer el esfuerzo de combinar la discusión de los debates internacionales con el análisis de cómo los conceptos e ideas desarrollados en ellos se han aplicado o son aplicables a Colombia, tomando ejemplos de los trabajos locales. En este número, el 27 de 2005, los trabajos de Salomón Kalmanovitz y Marta Herrera sobre econometría y geografía, y en menor medida el de Carl Langebaek sobre antropología, intentan combinar la discusión internacional con el análisis de su aplicación a la historia colombiana y latinoamericana, y esto los hace pertinentes. El trabajo de Gilberto Loaiza sobre biografía, aunque intenta discutir el tema en relación con Colombia, finalmente se centra y cita sobre todo textos europeos. El análisis sobre Colombia es apresurado, lo que hace atribuir a Germán Colmenares una influencia desmesurada. Según Loaiza, “el extinto profesor Germán Colmenares fue, tal vez, el principal responsable de la aversión que los historiadores profesionales han sentido hacia el género biográfico” (n.º 27: 224). Su base para afirmación tan contundente es un libro de 1987, que por supuesto no pudo influir sobre un rechazo que es muy anterior, y que es quizás mucho menos drástico de lo que plantea Loaiza, sin discutir las biografías publicadas en el país ni los comentarios que recibieron de los historiadores universitarios, y que en muchos casos fueron elogiosos⁷. Pero el ejemplo más pertinente es el estudio de Claudia Mantilla sobre novela e historia, que podría haber sido escrito en cualquier país del mundo: no menciona una sola novela, un solo historiador colombiano.

Esta misma tendencia al debate abstracto y a exponer simplemente el estado de la cuestión en otras partes se advierte en la mayoría de los trabajos sobre historiografía. A pesar de que la revista ha publicado decenas de trabajos historiográficos, en ellos no se discuten sino raras veces los problemas que enfrenta la práctica de la historia en Colombia. No se discute la situación de la disciplina o de sus practicantes, el estado de la enseñanza, el reclutamiento de los estudiantes, las formas sociales de relación entre los investigadores, la formación de grupos, clientelas o tendencias, los mecanismos de ascenso, reconocimiento y poder. Es cierto que la mayoría de los trabajos se refieren a temas teóricos o conceptuales, a los productos del trabajo de los historiadores. Sin embargo, tampoco en este campo es casi posible encontrar en la revista algún análisis de cuáles son los debates que existen hoy en Colombia, el uso que se hace de determinados conceptos, las estrategias de investigación que se han desarrollado o han entrado en declive. Seguramente habría mucho que decir sobre la influencia

⁷ En general, mi impresión es que el tema está deformado por una simplificación inicial. Aunque los llamados “nuevos historiadores” rechazaron la biografía, y en esto pudo tener que ver algo el predominio de tendencias estructuralistas, lo central y común fue rechazar las biografías heroicas y patrióticas. Por eso elogiaron las que se salían de ese molde, como la de Pablo Antonio Restrepo de Jorge Restrepo (1992), las de personajes como Gonzalo Mejía de Héctor Mejía (1984), Coriolano Amador, de Luis Fernando Molina (1987) o Alejandro López, de Alberto Mayor (2001), y las de políticos como Saúl Charris de la Hoz, de Medófilo Medina (1997) o Gonzalo Restrepo Jaramillo, de Víctor Álvarez (1999).

naciente de determinadas líneas de trabajo, en historia de la ciencia, en historia cultural, en historia del consumo. El auge de términos y nociones difusas que son adoptados como conceptos (a veces en forma apropiada, pero en la mayoría de los casos sin mayor reflexión), como identidad, imaginario, espacio, discurso, etc., justificaría un análisis conceptual, no de lo que piensan los historiadores europeos, sino de lo que hacen los historiadores colombianos con esos conceptos o el uso que hacen los historiadores latinoamericanos para analizar procesos que pueden ser comparables a los nuestros. Por supuesto, no pienso que los historiadores y teóricos locales no puedan presentar su propia elaboración universal, válida sin referencia al contexto local, sobre estos temas teóricos o metodológicos, pero creo que deben hacerlo cuando crean que están ofreciendo una contribución novedosa, una solución conceptual a un nudo analítico, una salida a un impase teórico, y no simplemente con la idea de dar a los lectores locales una presentación competente pero rutinaria y en el fondo escolar de lo que se discute en otras partes; hoy esas presentaciones están disponibles en forma más que abundante en decenas de publicaciones y no responden a un problema que se plantee en alguna forma a los historiadores locales. La forma de salir de la abstracción reiterativa es simple: tratar de ver qué tienen que ver esos conceptos con lo que hacen los investigadores locales.

En cierto modo, la falta de una preocupación sistemática con la práctica efectiva de los historiadores locales se advierte también en otras secciones de la revista. Aunque se han entrevistado dos o tres historiadores, las razones de su elección parecen coyunturales y las preguntas no responden a un debate que se quiera promover. En estos años apenas se publicaron dos revisiones historiográficas que analizaran la producción colombiana: una sobre la historia de la televisión y otra, con una perspectiva más amplia, pues discute tanto los trabajos latinoamericanos como los de otras partes, sobre la transición política del antiguo al nuevo régimen. Tampoco se encuentran muchos ejemplos de reseñas múltiples, en las que se comparen los puntos de vista de varios autores alrededor de un problema concreto. En general, las reseñas parecen seleccionadas sin un criterio sistemático y ordenado, y los reseñadores son en general demasiado complacientes: raras veces entran en una discusión real con el autor, casi nunca señalan limitaciones, problemas metodológicos, fuentes complementarias que valdría la pena revisar, fallas o insuficiencias en la argumentación⁸.

La argumentación histórica no corresponde a las formas deductivas y demostrativas de la ciencia natural. La evidencia es siempre incompleta, las interpretaciones están inevitablemente influidas por las perspectivas teóricas y la situación concreta del investigador y las formas de deducción y fundamentación de las afirmaciones de los historiadores bordean con mucha frecuencia el sofisma, la simplificación, la deducción arbitraria de conclusiones. Es importante que las reseñas, los artículos de revisión y los artículos de evaluación historiográfica de un campo traten de encontrar qué tan sólidas y qué tan coherentes son las formulaciones de un autor y en qué medida responden a *parti pris* teóricos o metodológicos. En los últimos años, cuando han surgido enfoques a veces muy diferentes en relación a determinados aspectos de la historia nacional, estos estudios de evaluación permitirían hacer ver al lector que la interpretación que da Eduardo Posada Carbó de la historia democrática de Colombia es muy diferente a la

⁸ Una excepción, que intenta entrar en un debate con el libro reseñado y pone en cuestión sus enfoques, es la reseña de Eduardo Sáenz (quien hizo esto con mucho mayor frecuencia en los primeros números de la revista) sobre *A sangre y fuego*, el libro de Mary Roldan, publicada en el número 26. Sáenz fue también autor de algunas de las pocas revisiones bibliográficas múltiples, también en los años anteriores al 2003.

de Gonzalo Sánchez, o en qué medida la visión de la historia de la ilustración de Renán Silva se diferencia o no de la de Santiago Castro o Mauricio Nieto. La sensación que produce la falta de debate es que todos tienen la razón, aunque digan cosas contradictorias, como si todo pudiera ser verdad al mismo tiempo, como postularían los más extremistas defensores de un relativismo epistemológico radical.

Todo el argumento anterior quiere simplemente señalar que la búsqueda principal que parece útil que hagan los editores de *Historia Crítica* para dar más relevancia a la publicación es la tratar de aumentar la intensidad de los debates y discusiones, en especial los que tienen impacto sobre la práctica histórica relacionada con el pasado colombiano. De este modo, los avances de la revista en los últimos años se pueden consolidar y adquieren mayor validez: la publicación de materiales sobre otros países encuentra sentido claro al ayudar a formular estrategias comparativas, se hacen visibles las características e implicaciones de las diferentes orientaciones conceptuales y metodológicas, y se definen los temas especiales, las reseñas y entrevistas (o artículos sobre la historia de la formación intelectual de un historiador, como el texto muy atractivo sobre Gramsci de Gilberto Loaiza, incluido en la sección 'Autores invitados' de la página web) en forma menos arbitraria o casual de lo que ha ocurrido hasta hoy.

3 Unas palabras finales: inventario de inquietudes menores

Quizás valga la pena concluir presentando un breve inventario de los pecados veniales en los que me parece que cae la revista y que son fáciles de corregir en el futuro. En estas líneas, como es lógico, expreso una opinión muy subjetiva y discutible, que se deriva no sólo de concepciones o argumentos analíticos y de convicciones teóricas, sino de simples preferencias individuales, o incluso de caprichos personales y de respuestas intolerantes al uso inapropiado del idioma o a la falta de claridad, que en mi opinión es casi siempre la consecuencia de una insuficiente claridad mental o de un esfuerzo por adecuar la presentación a una terminología convencional o de moda. Se trata de defectos que aparecen en una minoría de los artículos, pero con frecuencia suficiente para convertir la lectura de algunos de ellos en una experiencia inquietante y llena de distracciones, particularmente incómoda cuando se trata de trabajos que reflejan una investigación sólida y a los que simplemente les faltó una revisión final.

1. Me parece que existe en muchos artículos un esfuerzo para destacar y engrandecer la importancia de los hallazgos presentados, que muchas veces son valiosos por sí mismos, al ofrecer una narración precisa y sólida de procesos desconocidos o aportar nuevas visiones sobre un tema y no necesitan adornos adicionales. Uno de los mecanismos que se usan es el de sacar consecuencias universales de casos concretos bien delimitados y el de formular las conclusiones en un lenguaje teórico desmesurado.
2. Esto se ve también en los títulos que ofrecen mucho más de lo que se va a tratar y que esconden un buen análisis de un problema local y bien delimitado bajo un vestido universal, adornado con frecuencia por metáforas arbitrarias. No quiero dar ejemplos reales, pero hay más de un artículo cuyo título sigue el procedimiento de los ejemplos imaginarios conformados por un estudio de un medio de comunicación que se llame "Prensa, poder y democracia: el papel de los periódicos en el siglo xx" o el análisis del uso de los espejos por las mujeres de un pueblo colombiano que aparezca como "Modernidad y género en el siglo XVIII: el reflejo y las políticas de subordinación del cuerpo".

3. El mismo esfuerzo subyace una estrategia retórica muy frecuente: la de inventar una versión tradicional del tema estudiado, que se supera o desvirtúa con el estudio que uno está publicando. Estas versiones se exponen con frecuencia sin hacer ninguna atribución explícita, usando expresiones vagas ("los historiadores tradicionales", "la visión convencional") o la atribución impersonal: "Se dice, se afirma, se ha creído", "no es tan claro como se supone". Existen ciertas formas convencionales de plantear objeciones vacías, como las que se apoyan en la contraposición "no sólo..., sino".
4. Muchas veces la atribución de una concepción simplista a los historiadores del pasado está relacionada con limitaciones en el uso de la bibliografía sobre el tema. Me parece que la mayoría de los autores de la revista se apoyan en revisiones bibliográficas limitadas en tres direcciones: el horizonte temporal es limitado y realmente no han leído sino los autores recientes, y el conocimiento de los aportes del pasado es indirecto, a partir de referencias secundarias; con frecuencia hay una limitación cultural y geográfica, que hace que el autor conozca la literatura francesa, o la inglesa, o la española o la norteamericana sobre su tema, y deje de lado por ello libros claves, que a veces son antecedentes directos de su enfoque; y hay un desconocimiento relativamente fuerte de lo que se publica fuera de Bogotá y de las principales revistas. Esto es sorprendente en trabajos que a veces tienen una gran solidez: para señalar un solo ejemplo, el excelente artículo sobre maestros de Gilberto Loaiza no incluye entre sus referencias, ni siquiera para señalar sus insuficiencias, los trabajos de Aline Helg, Olga Lucía Zuluaga, Alberto Martínez Boom y Alberto Echeverry, que a primera vista parecen pertinentes.
5. Con frecuencia los términos que se usan tienen un sentido que no corresponde al sentido normal de la palabra en español. A veces se trata de descuidos normales de redacción, que deberían desaparecer con una adecuada revisión. Por ejemplo, el texto que dice "La represión, coerción y extirpación de esta gramática cultural de la gente africana deportada y de sus descendientes fue el blanco de la persecución inquisitorial y civil", usa blanco en el sentido de meta que no tiene, a partir de la polisemia de "objetivo", que era el término que se tenía en la punta de la lengua y se reemplazó sin razón por "blanco". Objetivo puede ser meta que se busca o blanco contra el que se dispara, pero usar blanco hace contradictoria la frase. En casos más deliberados, cuando el uso de una palabra con un sentido especial se justifica por razones teóricas, es importante, pero casi nadie lo hace, explicar el significado que se da a la palabra. Lo mismo debería hacerse cuando la palabra ha adquirido varios sentidos diferentes en distintos contextos teóricos, como ocurre con los términos antes mencionados de "identidad" "imaginario", "modernidad" y otros parecidos.
6. El desarrollo de los argumentos se sale a veces de control y se sacan conclusiones que no tienen que ver con las evidencias que se están presentando o se presentan afirmaciones que, al ser contrarias a lo que la lógica normal señala, deberían tener algún intento de prueba. Por ejemplo, el trabajo sobre Ameghino, ilustrativo y muy erudito, presenta los intentos de refutación de sus teorías por los paleontólogos norteamericanos como motivados por la convicción de la superioridad de los hombres del norte y otras razones ideológicas similares, sin analizar nunca ni discutir hasta donde las

evidencias presentadas por Ameghino eran insuficientes a la luz de las metodologías aceptadas de la geología. Si un colombiano refuta la teoría de la relatividad, como ha pasado, la respuesta de los científicos, aunque pueda incluir una visión de desprecio por la ciencia de un país visto como atrasado, probablemente estará mejor explicada que por el afán de poder de las metrópolis coloniales, por la existencia de un sistema de reglas aceptadas de análisis en la física, un paradigma normal científico. Del mismo modo, en el trabajo sobre los sistemas de protección social se afirma, como una evidencia que no requiere prueba, que la expedición de las leyes que dieron legalidad al derecho de huelga o establecieron el descanso dominical obligatorio “no incide de manera directa sobre la relación entre el capital y el trabajo”, el lector tiene todo el derecho a que se le explique cómo puede ser eso cierto.

7. Una de las formas de anacronismo que parece estar ampliando su ocurrencia es la atribución a personas del pasado de estructuras conceptuales creadas por los científicos contemporáneos. Según Adriana Maya, la idolatría “no solo fue considerada como un afecto herético por los ídolos, sino también como una gramática cultural que los colocaba en las márgenes del proyecto civilizatorio contrarreformista”. Es difícil entender cómo los inquisidores del siglo XVI o XVII concebían la “gramática cultural”. En otros casos, los conceptos, creados por el historiador contemporáneo y proyectados anacrónicamente al pasado, adquieren además una vida propia y se convierten en sujetos históricos, comienzan a actuar y a tener efectos reales en el pasado. De este modo, aparece lo que podría llamarse, por analogía con los antropólogos e historiadores estructuralistas, que veían a los individuos como agentes de las estructuras movidos por estas, un “estructuralismo idealista”, en el sentido de que los que mueven a los individuos ya no son estructuras que se consideren reales, existentes en el pasado, sino conceptos que se reconocen como creados por el historiador contemporáneo.
8. Ciertas metáforas dominan ahora la retórica. Así como en el discurso social la metáfora textil se volvió un lugar común (todo tiene que ver con “el tejido social”), en las ciencias sociales parece que las metáforas dominantes son arquitectónicas o industriales. En efecto, las relaciones de cualquier clase tienden a ser expresadas como relaciones espaciales. Las preposiciones y conjunciones espaciales absorben y reemplazan las que expresan otras relaciones, o se independizan de sus complementos. Así, los relativos de tiempo (“cuando”) se reemplazan por el relativo espacial “donde” (“la época de la independencia, donde se produjeron”) y las expresiones “desde el punto de vista de la antropología” adquieren la forma elíptica “desde la antropología”.
9. Los usos del español, aunque menos que en otras publicaciones universitarias de ciencias sociales, parecen ir a veces contra la lógica del idioma. Hay artículos en los que la incorporación de formas sintácticas o semánticas francesas es frecuente (“al interior” por “en” o “dentro” es típico de los que han estudiado en París o han leído sobre todo literatura francesa), así como la conversión de sustantivos en verbos (“yugular la insurrección”), la ruptura de las reglas de combinación propias del español (“conjugué mis esfuerzos; los rituales que cumplían los objetos”), el uso contrario al régimen de muchas preposiciones y adverbios y la tendencia a escoger formas estereotipadas de lenguaje y perífrasis innecesarias. El trabajo del corrector de estilo de la revista ha debido de ser extenuante, pero todavía queda trabajo por hacer.

Jorge Orlando Melo
Noviembre de 2009

Este texto fue presentado en sus grandes líneas por el autor con el título "Reflexiones sobre *Historia Crítica* y el papel de las revistas de Historia" durante el acto de conmemoración de los veinte años de la revista *Historia Crítica* el 12 de noviembre de 2009 en la Universidad de los Andes.